La prensa que habia luchado por derrocar á Paredes, que habia sostenido al principio la revolucion de Agosto, y que habia contrariado á la administracion de Farías, no recibió, en lo general, con desagrado el pronunciamiento. El Monitor tomó acaloradamente la defensa de los polkos; en el Republicano hubo editoriales en diversos sentidos, y D. Simplicio condenó decididamente hasta el último momento el movimiento á mano armada.

Mas volviendo al plan monstruoso, y cuyo autor, sea quien fuere, debe merecer un severo reproche, fué realmente una manzana de discordia en la línea de los pronunciados, porque muchos de ellos, republicanos sinceros, juzgaron que habian sido víctimas de una traicion dirigida por el clero y sus agentes, con el único y esclusivo fin de salvar sus bienes, comprometiendo la opinion y la vida de muchos jóvenes, y llenando de consternacion á sus familias y á toda la inocente poblacion de la capital.

En cuanto al gobierno, aunque sin todos los elementos necesarios para sofocar la revolucion, tenia los bastantes para no dejarse dominar. El plan de que hemos hablado, le dió nuevo apoyo, pues muchos que hubieran auxiliado la revolucion, ó al ménos permanecido neutrales, se decidieron por la causa del gobierno. Los principales corifeos del partido moderado se ocultaron, y otros, en las juntas que tenian los diputados cumplidos en la Academia de San Cárlos, condenaban á los mismos á quienes directa ó indirectamente habian azuzado, y cuando mucho afectaban tenerles lástima y otorgarles su perdon. Los polkos, pues, llenos de disgusto en su mayor parte, estaban entregados á la merced de los mayordomos de monjas y de otros personages místicos de esa naturaleza, que insistian en que de ninguna suerte se variara el plan; que dominaban enteramente al general Peña, y que llevaron su desprecio hasta el grado de señalar dos pesos diarios á los gefes de Guardia Nacional; vergonzosa y mezquina remuneracion que la mayor parte de ellos rehusaron.

Todas estas noticias, que eran comunicadas por traidores que nunca faltan en todos los partidos, alentaban el orgullo de D. Valentin Gomez Farías, sostenido con la tenacidad y saña de varios puros, cuyos deseos vehementes eran aniquilar á los que llamaban polkos,

porque, es menester decirlo, pocas revoluciones han comenzado con tan profundo odio como la de que nos ocupamos en este artículo.

El partido Santanista detestaba en el fondo de su alma á D. Valentin Gomez Farías: creia que su gobierno era incapaz de enviar ninguna clase de socorros al ejército; pero demasiado cuerdo para comprometerse decididamente sin órden espresa de su gefe, habia estado haciendo concebir esperanzas á los descontentos y prometiendo indirectamente apoyo al gobierno. Una vez rotas las hostilidades, y persuadidos, por el plan, de que los caudillos de la revolucion despreciaban al general Santa-Anna y pretendian abandonarlo á su suerte en manos de Taylor, se decidieron por D. Valentin; lo cercaron, lo apoyaron, afirmaron á Rangel en sus convicciones, y se unieron con los puros para aniquilar completamente á los que llamaban polkos.

El coronel Noriega mandaba, como se ha espresado, el 6.º regimiento de infantería de línea, que constaba de cosa de 700 hombres, aunque no todos armados, y que solo habian estado detenidos en México por falta de recursos con que poder marchar á Veracruz. Este regimiento estaba situado en el convento de San Agustin. Antes de que estallara la revolucion, los agentes de ella que pretendian estar en los secretos, aseguraban que Noriega se pronunciaria; pero esto no se verificó, sino que este gefe escogió otro medio mas ventajoso para él, y fué permanecer en el corazon del movimiento, perfectamente neutral. Los polkos lo consideraban, porque si se hubiera decidido por el gobierno, desde luego ocupando un edificio fuerte y dominante, habria hecho grande perjuicio á los del cuartel de Victoria, y el gobierno, aunque indignado de una conducta verdaderamente singular, cuidaba de mandarle diariamente el haber de su tropa, porque ya se concibe que decidido Noriega por los polkos, habria hecho inclinar la balanza en su favor. Todo México y las personas de ámbos partidos, criticaron amargamente la neutralidad de Noriega, y el mismo general Santa-Anna, cuando la supo, se llenó de indignacion.

El Lic. Sierra y Rosso y el general Vizcayno no vacilaron en decidirse por el gobierno, prefiriendo la direccion del gabinete á las operaciones militares. Vizcayno desempeñaba el ministerio de guerra, y Sierra y Rosso el de justicia en calidad de oficial mayor. En

el de hacienda seguia el Lic. Horta, y en el de relaciones estaba el oficial mayor.

Ya que hemos dado una idea, aunque por cierto bien sucinta, de la parte moral de la revolucion, hablarémos ahora de las operaciones de guerra.

El mando de las tropas del gobierno lo tomó el general D. Valentin Canalizo. Se encargó de la formacion de los planes para destruir á los polkos el general D. Lino Alcorta. D. Valentin no hacia mas que recorrer algunas calles, á la cabeza de la caballería y rodeado de ayudantes, y D. Lino Alcorta, mas emprendedor, arreglaba á veces las operaciones estratégicas, disponiendo columnas de ataque, que no dejaban de causar alarma á los polkos, pero que nunca llegaron á emprender nada serio contra ningun punto. O sea ineptitud, ó lo que es mas probable, que el carácter de los mexicanos no es el mas apropósito para derramar sangre, lo cierto es que no se ejecutó la operacion natural y segura que estaba indicada, y era la de aglomerar quince ó veinte piezas de artillería sobre un punto hasta demolerlo y rendirlo, y seguir así sucesivamente batiendo en detall los edificios mas fuertes que tenian los polkos. Esta operacion habria podido ejecutarse sin riesgo alguno, pues podia haberse colocado la artillería fuera del alcance de las balas de fusil.

Desde el dia siguiente al pronunciamiento, el fuego duraba todo el dia y una parte de la noche, y se hacia de unas torres contra otras. Era horroroso por cierto, pero de ningunos resultados, pues los dos bandos contendientes conservaban sus respectivas posesiones: muy pocos muertos y heridos habian resultado, y mas bien habian sucedido desgracias entre la gente que por necesidad ó por curiosidad transitaba por las calles.

Los sucesos de mas consideracion que pueden citarse, fueron un ataque de mas de dos horas que sufrió la casa de San Cosme conocida por de la Pinillos; ataque dado por los generales Rangel y Alcorta sin resultado alguno, y la salida que hicieron algunos jóvenes polkos para quitar una pieza de artillería situada en la boca cal'e de la Palma.

Pasados algunos dias, se pactó por ámbas partes un armisticio de dos horas diarias, durante las cuales las gentes no solo salian á pro-

veerse de lo necesario, sino que formaban una especie de paseo por las líneas de ámbos partidos. El gobierno tomaba recursos de donde podia, y los polkos estaban alimentados por el dinero del clero, que con mucha parsimonia y economía ministraban algunos de los mayordomos de monjas. Habian pasado quince dias, y ninguno de los bandos opuestos tenia probabilidades ni de vencer ni de ser vencido. La gente pacífica de la ciudad estaba en un verdadero estado de desesperacion.

Miéntras esto pasaba en México, los revolucionarios habian dirigido comunicaciones y agentes á varios de los Estados. En Toluca, el gobernador, D. Francisco Modesto Olaguibel, se hallaba inclinado, si no á favorecer la revolucion de los polkos, al ménos á constituirse en un mediador armado, que con su influjo físico y moral hiciera terminar un escándalo que se iba haciendo demasiado largo; pero las intrigas de alguno de los secretarios del gobierno del Estado y los diputados de la legistura hicieron variar de propósito y de planes al gobernador; y aunque despues vino á las cercanías de la capital, fué mas bien como un auxiliar de D. Valentin Gomez Farías, que como un amigo sincero deseoso de poner un término medio entre las exageradas pretensiones de los dos bandos. Algunos comentaron siniestra y ridículamente la conducta del Sr. Olaguibel: nosotros, sin salir de nuestro plan, nos limitamos á consignar los hechos.

El agente principal para secundar el movimiento en Puebla fué el general D. Joaquin Rea, y se le escogió por los partidarios del clero como personage á quien, con razon ó sin ella, se le suponia perfectamente relacionado con los religiosos regulares y seculares de allí.

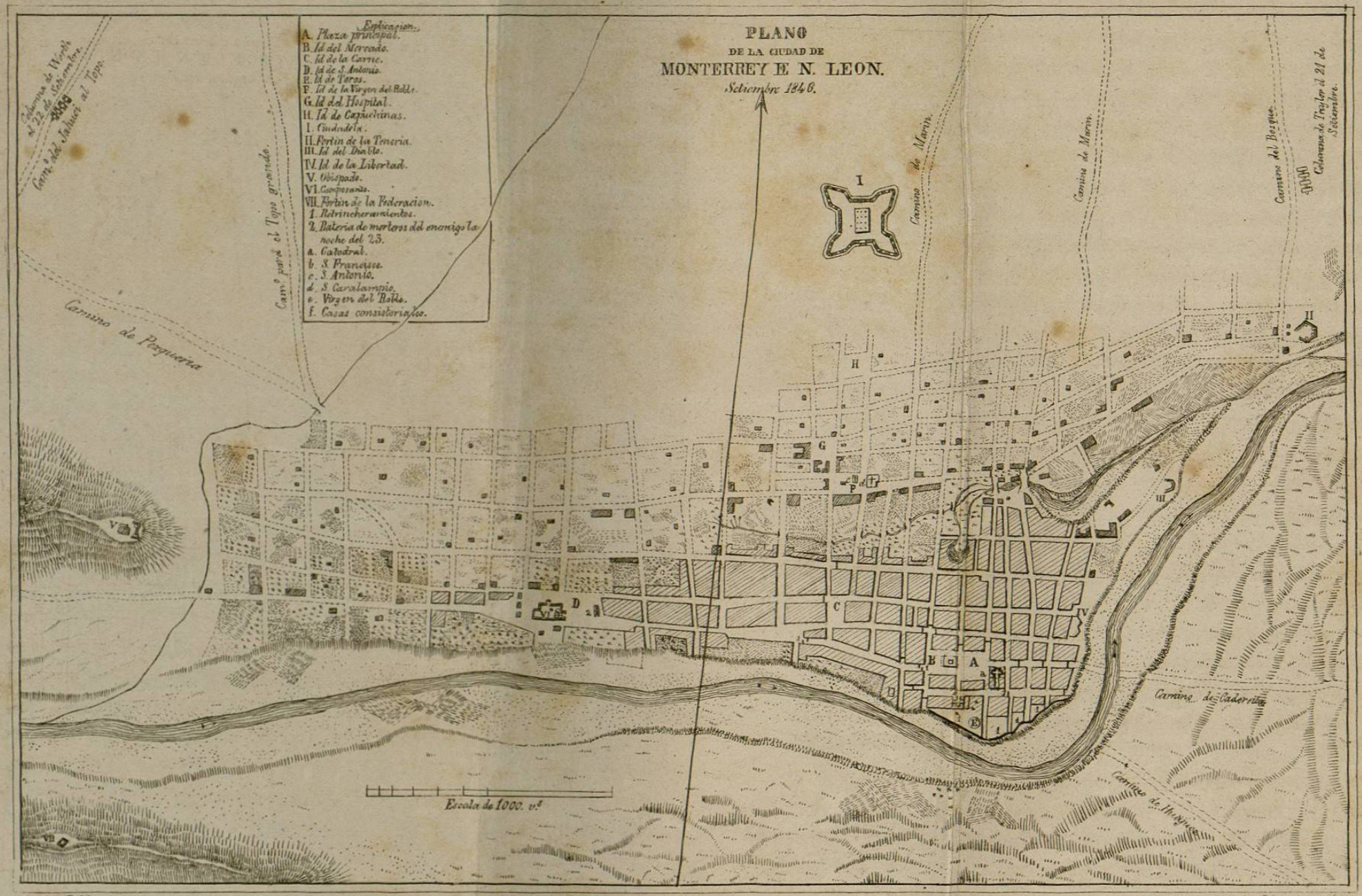
No faltó ni dinero ni disposicion en una gran porcion de las gentes de aquella capital, para secundar el movimiento de los polkos; pero, ó por falta de una buena combinacion, ó por los esfuerzos con que el gobernador D. Domingo Ibarra contrariaba estos conatos, ó por otras causas, cuya averiguacion es de poca importancia, el movimiento estalló inmaturamente, pronunciándose solo una fraccion de la tropa de Guardia Nacional, y Puebla se libró realmente de una nota bastante fea y que jamas le habria perdonado el partido de los exaltados. En otros Estados, al ménos por las autoridades, el plan se recibió con mucho desagrado, y la revolucion iba perdiendo terreno y aislándose,

por culpa de la mala fe é ineptitud de los que forjaron el plan, y por las egoistas exageraciones de los mayordomos de monjas, que se habian hecho los dueños del movimiento.

El campo de los pronunciados fué reforzado por el general Salas, que llegó de Toluca con algunas fuerzas de Guardia Nacional de los pueblos inmediatos, y por multitud de gefes y oficiales del ejército que se presentaban todos los dias. Era ya un gobierno hecho y derecho el que habia en el cuartel general de San Hipólito. El erario lo formaban las arcas del clero, las contribuciones que se cobraban por las garitas inmediatas, las ventas de los estanquillos de la línea, el fondo de la lotería y las administraciones de alcabalas y tabacos de los pueblos cercanos que habian tomado parte en la revolucion. El que manejaba estos fondos era D. José Miguel Arroyo. Habia ademas su administracion general de correos y la maestranza de artillería, donde se recomponian las armas, se construian granadas de manos, balas de fusil, &c. Las cosas iban muy despacio.

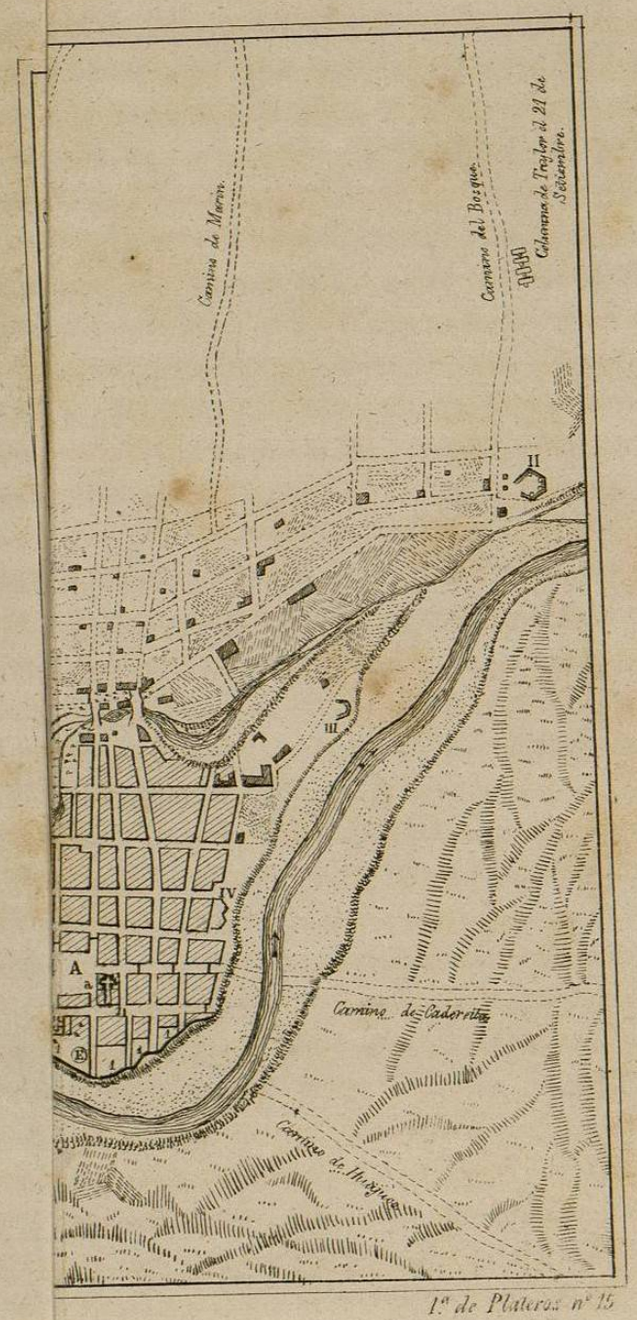
Podemos asegurar que un suceso verdaderamente providencial fué el que influyó en que se abreviara el término de una revolucion que anunciaba durar meses enteros. Este suceso fué la prision de D. Manuel Gomez Pedraza en la Ciudadela. Los diputados del partido moderado, que no cuidaban mucho de la suerte de muchos de los que estaban entre las balas, concibieron gran temor por la vida de Pedraza, y se decidieron á adoptar un partido cualquiera que los sacara á todos de la situacion comprometida en que se veian. Se dictó, pues, un acuerdo firmado por mas de cuarenta diputados, por el cual se llamaba á ocupar la presidencia de la República al general Santa-Anna. Se comisionó á los Sres. D. Eugenio Aguirre y D. José Ramon Pacheco para que lo condujeran personalmente. Al mismo tiempo los generales Peña y Salas comisionaron á D. Manuel Payno para que marchara al encuentro del general Santa-Anna, que venia ya en camino para México, y le impusiera del verdadero estado de la revolucion, de la clase de personas que estaban en ella, y rectificara las especies mas ó ménos ciertas que podrian haberle comunicado los partidarios de D. Valentin Gomez Farías.

Necesario es referir las operaciones que los americanos habian practicado en nuestro territorio, miéntras nosotros habiamos estado



lit de P. Blanco.

1.a de Plateros n.o 15



ocupados de las miserables escenas que hemos puesto ante los ojos del lector.

La anunciada y temida espedicion americana, de la cual nos ocuparémos en un capítulo separado, llegó á Veracruz. México no envió á aquella plaza auxilios de hombres ni de dinero, y solo Puebla, mas libre de las sugestiones de la revolucion, se apresuró á remitir 20,000 pesos; servicio señalado que hicieron varios comerciantes y en particular el Sr. D. Juan Mugica.

Santa-Anna habia tenido en la Angostura el éxito que ya hemos referido, y de vuelta en San Luis no pudo contar ni la mitad de la fuerza con que salió. La fortuna, pues, siempre risueña con él, le brindaba la ocasion de venir á pacificar la capital, á tomar el poder por el voto de una mayoría de los diputados, y á poner en práctica desde luego medidas de actividad que hicieran por lo pronto olvidar el infortunio de la Angostura.

Como el general Santa-Anna habia recibido un Boletin, en que constaba el cambio del plan, con una nota al márgen de puño y letra de Pedraza, y otras personas le habian escrito en sentido contrario al gobierno, se anticipó él á enviar á su ayudante el general Argüelles, con órden tronante á Farías para que cesara en sus hostilidades, y algunos cumplimientos y buenas palabras para el general Peña, con quien Argüelles tuvo una larga conferencia.

La mañana del 21 de Marzo, el general Santa-Anna llegó á Guadalupe, é inmediatamente cesaron los fuegos. Pedraza fué puesto en libertad, y las familias respiraron despues de tantos dias de peligro y de calamidad, bendiciendo al hombre que tantas veces ha sido el objeto de las bendiciones y de las maldiciones de los habitantes de México.

La revolucion concluyó de la manera mas desairada. Los mayordomos, tan luego como llegó el general Santa-Anna á Guadalupe, se negaron aun á dar el dinero para el prest de los dias que debia permanecer acuartelada la Guardia Nacional, compuesta de artesanos pobres. D. Miguel Arroyo cerró intempestivamente su tesoro: la parvada de oficiales sueltos, una vez que ya no tenian los dos pesos diarios, voló á caer sobre la tesorería general, próxima á restablecerse: el general Peña se separó de sus compañeros de revolucion para

dedicarse á las conferencias con el general Santa-Anna y otros altos personages, y los cándidos que habian entrado de buena fe, miraron con dolor que siempre se trabaja en las revoluciones para el provecho de tres ó cuatro bribones, que especulan con tanta fragilidad sobre la venta de una manada de carneros, como sobre la sangre y la vida de cientos de ciudadanos. Afortunadamente no triunfó una revolucion que los hipócritas y malvados quisieron cubrir y santificar con medallas, escapularios y medidas, y darle un aspecto religioso, introduciendo en la República un nuevo y fatal elemento de division y discordia. Si en lo político merece alguna disculpa el pronunciamiento de los cuerpos de Guardia Nacional que obraban en propia defensa, los directores que convirtieron á una noble y honrada juventud en instrumento de la sórdida ambicion, merecen sin duda el anatema de todo mexicano patriota, juicioso y pensador.

Sea como fuere, la verdad nos obliga á decir aquí que al general Santa-Anna se le debió el término feliz de este alzamiento, y fué realmente el salvador de multitud de personas cuya muerte habria llenado de luto á la ciudad de México.

CAPITULO IX.

BATALLA DEL SACRAMENTO.

Adiestradas en la guerra, impulsadas y protegidas por los norte-americanos, las tribus salvages que habitan los desiertos de nuestros límites con los Estados-Unidos, ellas fueron, hace mucho tiempo, la vanguardia de esa invasion que ha penetrado hasta la capital de la República. Sembrando la discordia en medio de nuestra sociedad naciente, y sirviéndose de los bárbaros para devastar nuestras fronteras, los invasores preparaban el camino, que mas tarde debia conducirlos á nuestros palacios. Desde entónces Chihuahua, abandonada á sus propias fuerzas, en lucha constante y desastrosa con tan feroces enemigos, viendo desaparecer dia á dia millares de sus hijos, la riqueza de sus campos, y el comercio y la vida de sus poblaciones, ha resistido ese choque tenaz con que se ha sacudido nuestro edificio social para derribarlo. Débil, cansada, sin recursos, envuelta alguna vez en el torbellino de los disturbios civiles, su existencia era apenas sostenida por el esfuerzo de los buenos ciudadanos, que posponiéndolo todo al bien comun, ponian en ejercicio todas sus facultades para conseguirlo, cuando arrojada la careta con que se encubrian nuestros falaces enemigos, vimos sus ejércitos sobre nuestro territorio, diciéndose agredidos, y queriendo caracterizar de defensa su infame usurpacion.